

Cuando me muera quiero que me toquen cumbia: Vidas de pibes chorros, Cristian Alarcón – 9 edición, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2003 (reeditado), Aguilar, 2021, 200 pp.

Malena Fontana

El libro “Cuando me muera quiero que me toquen cumbia” es una novela narrada en primera persona por el escritor y periodista Cristian Alarcón, publicada en el año 2003, cuenta la historia del reconocido Víctor Manuel “El Frente” Vital, una suerte de héroe del barrio, pero también un “pibe chorro” acribillado por la Policía Bonaerense. Esta novela recupera lo sucedido en las villas de San Fernando el 6 de febrero de 1999. Expresa el cruce entre la angustia fulminante y la furia sin rumbo de las juventudes marginadas y excluidas de esta región del conurbano bonaerense.

El joven se convirtió en leyenda desde su tumba y ausencia, recordado por su gente como el Robín Hood de la villa, quien defendía los viejos códigos de la delincuencia, y mantenía al barrio unido. No había niño, jo-

ven, adulto o anciano que no quisiera a Víctor, porque era un pibe que sobre todo quería proteger a su gente.

Alarcón reconstruye en los diversos capítulos de la novela la vida y la muerte de los jóvenes que desde temprano transitan caminos de violencia y desamparo. Por el consumo problemático y por las vulnerabilidades sociales que se imponen al crecer en situación de pobreza. También aparece la construcción de lazos de solidaridad y compañerismo, que se forjan en los barrios ante la necesidad de conseguir un plato de comida o un abrigo para las noches, un lugar donde dormir o un amigo al cual acudir. En el desarrollo de la historia, las mujeres ocupan un lugar central en la contención y acompañamiento dentro de los barrios.

La novela nos arroja a la secuencia en que el joven Víctor con tan solo 17 años se encuentra rogando bajo una mesa que no le tiraran, que se entregaba. En ese instante el Frente buscó protegerse con sus manos en la cara, e inmediatamente arrodillado y suplicando el plomo policial le destruyó la cara; pese a sus intentos de evasión y bajo la esperanza de salvarse, Víctor fue fusilado a quemarropa. A lo largo de la novela el autor caracteriza y recrea la santificación del Frente en el barrio.



La tumba del Frente Vital por Alfredo Srur. La Tinta.

Conocemos la historia de Víctor y los impactos de su ausencia en el barrio, por medio de entrevistas e investigaciones, que se apoyan en la construcción de una relación afectiva que se fue forjando entre el autor y los allegados al Frente:

La villa fue al comienzo un territorio mínimo, acotado, unos pocos metros cuadrados por donde me podía mover. El extrañamiento del foráneo al conocer los personajes y el lugar, el lenguaje, los códigos al comienzo incomprensibles, la dureza de los primeros diálogos, fue mutando en cierta cotidianidad, en la pertenencia que se siente cuando se camina una cuadra y se cruzan saludos con los vecinos, se comenta con alguno el tiempo, se pregunta por dónde andarán los pibes, siempre tan difíciles de ubicar, sin horario alguno... (pag. 39).

A lo largo de la historia, toman gran protagonismo personajes como Sabina la madre de Víctor, una mujer que siempre luchó por salir adelante, por lograr una estabilidad económica que le permitiera darle a los suyos lo que ella nunca había tenido. También tendrá un lugar importante Matilde gran compañera de Sabina, y madre de los tres mejores amigos de Víctor, quienes habían pasado toda su vida juntos. Cabe mencionar el lugar significativo que refleja la novela con respecto a la "mai" *umbanda* del barrio, la abuela de todos; a quien se podía acudir por algún problema o necesidad. La práctica religiosa *umbanda* proviene de los cultos de posesión, en donde aquellos seguidores de la religión son poseídos por orishas (espíritus sobrenaturales). Los *umbandistas* (1) temen el contacto directo de morta-

les con los dioses porque este sería demasiado intenso, el rol de la mai o pai es mediar para que los mortales se comuniquen con los dioses. Los guías espirituales suelen ser ancestros africanos o nativos americanos, es así como veremos en la novela como la mai se convierte y es poseída por “la africana”. La mai tiene la capacidad de curar el cuerpo, de proteger las almas mediante rituales, y es por ello que su práctica es solicitada en el barrio, muchos acuden a ella para solucionar problemas de diversa índole y relevancia. Podemos destacar en este punto la relevancia que tienen las mujeres, madres y jefas de hogar en la historia. Conocemos así la historia de cada una de ellas, y logramos identificar las múltiples referencias al rol imprescindible de las mujeres. En primer lugar se replica en sus relatos de vida el contexto en el que se construyen sus vidas, es decir, mujeres que comenzaron a trabajar y maternar a temprana edad, en plena adolescencia y con escasas herramientas. Aparecen también vínculos y amores que concluyeron en situaciones de violencia de género, y la necesidad de huir para proteger a sus hijos y a ellas mismas también. Son las mujeres las que sostienen sin descanso sus casas, familias y trabajos, con jornadas laborales y dedicación extrema. Dejan la vida por sostener esos espacios y sobre todo aquellos lazos y redes que van tejiendo y mantienen en pie a los niños o jóvenes que precisan los cuidados.

Difícilmente podamos resumir la historia y relevancia de cada personaje que aparece en la novela con tanta precisión y detalle como lo hace el autor, que movido por cada historia y testimonio que le ha llegado, por cada espacio que conoció y recorrió, nos permite como lectores sumergirnos en las profundidades de esas almas frágiles que muchas veces no pueden escapar del destino socialmente impuesto. En palabras de Alarcón:

“En cada relato sobre el significado de la devoción, surge la comparación entre los tiempos que corrieron hasta que murió, y lo que luego pasó en la villa: el “bardo” (en lunfardo), es decir, el lío, la locura, el irrespeto, la traición, el robo a los vecinos. A los que no tienen. El frente imponía, bajo métodos cuestionables, cierto orden en los estrechos límites de su territorio” (P. 50).

La novela logra mostrar a la policía como aparato represivo, la cual rotula de manera casi inmediata a los jóvenes de la villa con el sello de la peligrosidad y la violencia como si la llevaran en la sangre. El estigma del chorro se convierte con el tiempo en algo asumido, si te toca de cerca no salís de ahí nunca. Y pareciera que la distancia entre los barrios periféricos y la ciudad es inmensa, en lo simbólico, porque quienes habitan los barrios son los pobres, los que no tienen pero más necesitan, los que se encuentran en sus villas abandonados por el sistema en el que nos inscribimos socialmente. Nos encontramos así frente al relato de una historia de vida situada entre ausencias y duelos, entre pérdidas y batallas diarias.

En este contexto, es acertado preguntarnos: ¿Qué democracia queremos habitar los jóvenes? En la sociedad que habitamos en la actualidad aparecen con gran fuerza movimientos, discursos, grupos pertenecientes a la derecha neoliberal; los cuales buscan transgredir y atentar contra la democracia que hemos construido en estos últimos 40 años. Pero bien sabemos también que esto no es nada nuevo, de hecho tenemos que remontarnos al gobierno de Carlos Menem iniciado en la década de los 90, el cual implicó la liquidación del proyecto neoliberal inaugurado durante la dictadura cívico-militar. Año tras año el gobierno menemista eliminó miles

de conquistas que el movimiento obrero había conseguido tras siglos de lucha, generó también un aumento inmenso de la exclusión y altos niveles de pobreza. Se privatizaron más de 60 empresas estatales, se avanzó sobre los derechos laborales de los trabajadores, se bastardeó la salud y la educación pública, buscando así que crezca el sistema privado. Es, en breves palabras, la Argentina que el Frente habitaba antes de morir en manos de la policía, la pregunta hoy sería ¿nos asomamos nuevamente a ese abismo en el que se encontraban el Frente y sus compañeros? 20 años después, lejos de estar todo resuelto, con avances, retrocesos y conquistas en términos de derechos; esta coyuntura actual amenaza con un retorno al abismo que el Frente vivió en carne propia.

La preocupación acerca de los procesos de criminalización de los jóvenes que se encuentran viviendo su niñez nos interpela en lo que respecta a nuestro futuro como integrantes de la sociedad que habitamos, pero sobre todo como trabajadores sociales. La pregunta sobre cómo se configuran los problemas sociales cobra relevancia en este punto, ya que particularizar la situación de cada persona como un hecho aislado, y no analizarlo desde una perspectiva de totalidad nos moviliza si queremos comprender y trabajar sobre las dinámicas sociales de manera integral y no desde concepciones hegemónicas de la intervención. El punto de partida como profesionales podría ser entonces desnaturalizar y comprender los efectos criminalizadores arraigados socialmente, es decir, los estigmas y estereotipos instalados sobre la peligrosidad de los jóvenes. La posibilidad de cuidar las juventudes y niñeces expuestas exige el reconocimiento de derechos que garantice el acceso y goce de los mismos, como también de aquellas necesidades básicas para llevar adelante una vida digna; para ello es fundamental y clave conocer las realidades de grandes

contingentes sociales que generación tras generación se encuentran en situación de pobreza, con necesidades extremas en cuanto a lo habitacional y económico. Es allí donde podemos comenzar a intervenir de manera activa e integral de manera interdisciplinaria e interinstitucional; ya que en contextos tan complejos como este, es claro que el trabajo social como profesión debe y puede tomar un papel fundamental pero acompañado de otras disciplinas que respalden un trabajo colectivo y situado. Esto ya que la niñez define una etapa de crecimiento clave para la construcción de la identidad de cada niño, como dice Alarcón, cuando hablamos de niñeces y juventudes nos referimos a aquella etapa de inocencia y relativa inconsciencia, donde se busca hacerse fuerte e independiente.

Para nosotros, los umbanda, hasta los quince años son crianzas. Los ladrones crianzas no quisiéramos que existieran. Para mí ver a un chico de quince años robando es muy duro. Duele porque lo hacen inconscientemente. Los chicos quieren sentirse fuertes. ¿Qué noción tienen de que los van a matar? (p. 151).

En conclusión, Alarcón nos permite conocer en principio la historia de un joven como pibe chorro, que construyó su identidad en su barrio, con su gente y familia. La historia de Victor es una entre tantas, pero en su barrio fue un antes y un después, la ausencia de cada pibe en el barrio nunca se deja de sentir. Ahora Victor está presente en un mural o en un libro, en las historias que cuenta su mamá o sus amigos, pero ese niño con sus 17 años será para siempre un héroe en la villa San Fernando, un amigo para ranchar en la esquina, un hijo que quería ayudar a su mamá, y también fue un pibe más que murió en manos de la policía. Gracias al autor logramos

también adentrarnos y conocer las dinámicas barriales de San Fernando, aquellas lógicas que priman allí, los lazos sociales que se construyen para suplir la ausencia estatal e institucional; las estrategias que despliegan las mismas vecinas ante la situación de emergencia para salir adelante. Desde lo narrativo llegamos a comprender como la sumatoria de problemáticas requiere de respuestas urgentes e integrales, pendientes desde hace décadas. Es clave remarcar que el autor no resultó un mero observador que tomo nota y escribió sino que terminó involucrándose de manera muy profunda con los allegados a Víctor, y debido a ello la novela adquiere un carácter personal y lírico sustancial; el cual nos lleva a sentir al autor como parte de cada secuencia y tarde vivida en San Fernando. Desde la angustia y el dolor logramos comprender también cuantos Víctor Vital perdieron la vida en pleno crecimiento, sufrimos con el autor cada tumba que hoy en día se encuentra esperando una flor.